

SIN los gritos turísticos del «pase la Semana Santa en Rusia», algunos cientos de españoles, sobre todo estudiantes, han pateado Polonia con la nueva curiosidad de frontera abierta. El tirón del Este, mezcla de morbosidad y manoseo, se está consumiendo con ganas taurinas de ver espectáculos casi sangrientos. También existe el limpio deseo de mirarse cara a cara. Si detrás de los productos comerciales van y vienen cabezas humanas, ya se pueden establecer relaciones diplomáticas plenas.

Para ver Polonia hay que alertar la propia mentalidad. De la lectura de «Quo Vadis?», de Sienkiewicz, se pasa al uniforme de la azafata que mira con cierto terror a los indomables pasajeros de Hispania. El reencuentro con la civilización viene en forma de carrito lleno de wodka, colonias y tabaco americano con sonrisa y precio en dólares. En este «Año de la Ciencia», aniversario de Copérnico, antes de aprender a pronunciar «złoty», moneda polaca, las divisas hablan de su carencia de sentimiento.

En un país donde todo es «paisaje después de la batalla», las ciudades se levantan sobre inmensos osarios y el recuerdo a los héroes tiene olor de muerte petrificada. Calles, plazas y carreteras están marcadas por monumentos de eterna memoria, donde la mirada quiere olvidar con flores siempre amarillas.

Los polacos aprecian su pasado nacional y la obra de reconstrucción continúa hoy. En Varsovia, destruida totalmente durante la última guerra mundial, se trabaja día y noche en el Palacio Real, finalizando así la antigua arquitectura de la Ciudad Vieja. El comentario es directo: «En España creamos de vez en cuando, pero de reconstruir... nada».

El viajero que camine de la mano de Orbis (agencia turística nacional) aprende pronto el nombre de Estanislao-Augusto Poniatowski, último Rey de Polonia, que repiten los guías en dos golpes de voz al cruzar un palacio o un jardín. La monarquía está unida a diversas imágenes. Juan III Sobieski llevó en 1636 las primeras papas y actualmente Polonia ocupa el segundo lugar en la producción mundial de patatas. «Un Piast» es sinónimo de «gran polaco». El cine de dibujos animados comenzó con «En los tiempos del Rey Krakus», legendario fundador de Cracovia. El aburrimiento tiene marca hispana ante la sucesión de nombres extraños y admiración cuando toca a escondidas los sarcófagos de Segismundo el Viejo y Segismundo Augusto, de la dinastía de los Jagellones, una de las más bellas obras del Renacimiento en la Europa oriental.

Polonesas y mazurcas se mezclaron, durante algunas noches, con bailes andaluces y canciones estudiantiles. En las salas de fiestas, el espectáculo fuerte lo constituía el anárquico e incansable repertorio español hasta las tres en punto de la madrugada. La orquesta arrancaba un pasadoble y eran los clirines del miedo para los pacíficos asistentes que tomaban sopa de remolacha. Es el momento del in-



ESPAÑÓLES EN POLONIA

tercambio cultural. Suenan los nombres de Sopot, Peret, Real Madrid y Grotowski. Después de pasar por varios idiomas alguien dice: «Coraje mucho». Con las manos enlazadas y sin barreras aduaneras se corea Es-pa-ña-Po-lo-nia y se lanza en pronunciación figurada un «Niech zyje Polska!». Chopin vuelve la cabeza y Chopin significa Polonia.

Se suele decir que sobre treinta millones de polacos hay veintinueve de católicos, un millón de comunistas, y el domingo treinta de fieles en Misa. En los días de Pascua se venden montones de tarjetas de felicitación, huevos y corderos de azúcar con ojos azules. Largas colas para entrar en las iglesias (en Varsovia hay 86), con gentes de todas las edades y una única paciencia. Los templos tienen fieles a cualquier hora. La Iglesia católica posee seis mil parroquias con quince mil sacerdotes, dieciséis publicaciones y cuenta por primera vez en su historia con tres cardenales. Al santuario de Czestochowa van un millón de peregrinos al año. ¿Quién sigue hablando de la «Iglesia del silencio», oprimida y clandestina?

No es ninguna extravagancia enterarse con ternura que la empresa «Polcoop» exporta canarios a las islas canarias, pero resulta sospechosa la alegría al descubrir unas latas de sardinas en aceite puro de oliva. El formar cola para todo es una institución y un ejercicio de disciplina. Es inútil llenar de gestos un estanco para pedir tabaco negro, porque no se conoce. Es posible que al salir del hotel y pre-

guntar por el Banco Nacional, el diálogo se convierta en una oficina de cambio que se improvisa en plena calle o en un portal. El mercado negro es la sombra del turista y el dólar el gran bien venido. El ingenuo piensa que debe de tener alguna relación con las tres capitales de Polonia: Varsovia, Chicago y Detroit o con las sesenta cátedras de lengua polaca que hay en las Universidades americanas.

El centro geométrico de Europa tiene forma de martirio nacional. «Sabemos mejor morir que vivir». En el campo de concentración de Auschwitz murieron cuatro millones de personas. Un letrero situado encima de la puerta de entrada: «Arbeit macht Frei» (el trabajo libera). Barracones, cámaras de gas y crematorios están abiertos al visitante como una serena invitación a la condena intelectual del fascismo. En diversas salas se exponen fotografías, documentos, gafas, pelo humano, brochas de afeitarse, cepillos de dientes, zapatos, maletas, ropas... que forman los restos de una pesadilla. Mientras la guía estruja con total exactitud fechas y cifras, los turistas con cámaras de fotos convierten lo testimonial en macabro, eligiendo el mejor ángulo de una horca colectiva o la posición menos dramática de un bote de gas Cyklon B.

En el campo de exterminio de Birkenau, una cinta magnetofónica explica en español que el monumento a la Memoria de las Víctimas de Auschwitz se levanta como «eterna advertencia a los imitadores del fascismo e hitlerismo». La difícil reconciliación de polacos y

alemanes empieza en el lenguaje. Siempre se dice «hitlerianos», nunca «alemanes». Jóvenes de la RFA dedican sus vacaciones trabajando en la limpieza y decoración de los campos, en grupos denominados «Acción de Penitencia».

Los tópicos se van triturando. Lujosos hoteles y grandes almacenes. Gente pegada a los escapates de comestibles y ropa interior. Flores para el amor y la guerra. Escasa propaganda política. Una iglesia junto a la «Casa del pueblo». Carteles de campaña antialcohólica, con labios tipo «discreto encanto», pero sin sombrero ni piernas burguesas. Cavas y cafeterías donde se hace cierto el «dos polacos, cuatro opiniones». Última vanguardia en música y teatro. «Esto marcha hacia el capitalismo», es el comentario madrileño.

De Mickiewicz, poeta romántico, a Gierk, tecnócrata obrero, pasando por el «comunismo sin lágrimas», de Gomulka. Se está controlando el vocabulario técnico polaco porque ya supera al coloquial. Los conflictos matrimoniales se deben al trabajo profesional de la mujer y la cuestión del tiempo libre. Solamente al 4 por 100 de los radioyentes y televidentes les gusta la música clásica. Las calles se llenaron para aclamar al cardenal Wyszyński y a la señora de Onassis.

Los españoles empezamos a tocar el «alma polaca» con impaciencia y simplicidad frágil. Este año nos visitarán diez mil polacos. ¿Entregarán alguna insignia honorífica de «amicus Poloniae»? ■ FERNANDO SAMANIEGO.